



Las tentaciones

Domingo 1 de Cuaresma
Mt 4, 1-11

1. La Cuaresma, para los cristianos es un tiempo privilegiado para afinar la meta de nuestra vida y repasar nuestros objetivos. A veces resulta un repaso doloroso y que exige sacrificios.

Jesús también pasó por eso. Era un hombre como los otros. Poco a poco, reflexionando y orando ante su Padre, fue tomando conciencia de su misión. Dudó, buscó, fue tentado, a lo largo de su vida, y se impuso por la fuerza y el poder.

2. En el silencio el desierto, Jesús tenía necesidad de decirse a sí mismo, que no había venido a trabajar por cuenta propia, para su promoción personal. Sino que había sido enviado por su Padre para promover a sus hermanos: Liberarlos de todas las esclavitudes individuales y colectivas y hacerlos disfrutar de la dignidad de hijos de Dios.

El Evangelio que acabamos de oír nos cuenta, en forma condensada y simbólica, las luchas de Jesús por permanecer fiel a su misión. Reflexionaremos sobre sus tres tentaciones y descubriremos que son las nuestras también.

3. La primera tentación podríamos llamar **la tentación del consumo**: *“Di que estas piedras se conviertan en pan”*. Es decir, si quieres, puedes dar de comer a todos los hombres. Sufren, tienen hambre, no tienen trabajo - puedes asegurarles el bienestar material que desean. Puedes hacer milagros, el “milagro económico”.

“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Pero Jesús no nos pide que nos desinteresemos de los bienes temporales. En el Padre Nuestro nos hace pedir: “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Hay que luchar por el pan de cada día. Hay que luchar por nosotros y por todos los hombres.

Lo que el Señor nos pide aquí es luchar contra la alienación del consumo y contra la ilusión de creer que la felicidad del hombre coincide con la meta del consumo.

Él nos dice que el corazón del hombre reclama otros alimentos que los del “tener”. Y los papás entre nosotros saben muy bien que sus hijos no sólo necesitan bienestar material, sino que precisan también su tiempo, su atención, su palabra y su amor.

Como un niño, el hombre necesita del amor de Dios su Padre, de ese Dios que ha hablado y que tiene algo que decirnos. Y mientras los hombres no hayan oído esta palabra y mientras no traten de vivirla, persistirá en ellos un hambre insatisfecha que los convertirá en hombres sub alimentados e infelices.

Todos formamos parte de nuestro mundo y de nuestra sociedad. Y todos somos esclavos del consumo, de una u otra forma: Pensemos en nuestro coche, ese pequeño Dios; en el confort de la vivienda; en los juguetes de los niños; en los libros, que tal vez nunca se leerán; en nuestros vestidos y nuestra ropa, etc.

Tenemos hambre de pan, hambre de cosas materiales. Pero, ¿tenemos también hambre de Dios?

4. La segunda tentación de Jesús es **la tentación del poder**, la tentación de utilizar la fuerza de su Padre en provecho personal. Pero Él la rechaza: “*No tentaréis al Señor, tu Dios*”. Es decir: no le exigirás a Dios que se ponga a tu servicio. Tú eres quien ha de servirle. La fuerza de Jesús consiste en ponerse plenamente a disposición de su Padre, para servir a los hermanos.

Nosotros no nos libramos de la tentación de utilizar a Dios, de ponerlo a nuestro lado, es decir, de meterlo en “nuestro bolsillo”. ¡Cuántas veces, a través de la historia, grupos humanos, naciones, gobiernos, ejércitos o partidos políticos han intentado aprovecharse de los cristianos, de la Iglesia, de Dios, para llevar a cabo sus propios proyectos!

Y nosotros mismos, ¿no rezamos muchas veces el Padre Nuestro al revés: “*Padre nuestro que estás en el cielo, hágase mi voluntad*”. Es decir, nos colocamos en el centro, nos hacemos dios, en el lugar de Él. ¡Y cuántos hombres se apartan así de Dios, porque Dios no les ha obedecido!

5. La tercera tentación es **la tentación de la idolatría**. Tal vez pensemos: esta vez no me toca, son los paganos los que adoran a los ídolos.

Pero también en nuestro mundo de hoy hay montones de ídolos levantados: Desde el gran ídolo del dinero que adoramos todos más o menos, aunque luchemos por derribarlo de su pedestal. Hasta la multitud de ídolos ante los cuales nos prosternamos diariamente: el paquete de cigarrillos, o la buena comida, o el televisor, o la moda, o nuestro cuerpo, o también nuestras ideas o proyectos.

Todos esos dioses de recambio hacen que poco a poco, y quizás sin darnos cuenta, vivamos inclinados o postrados - incapaces de levantarnos, de vivir de pie, de poder prosternarnos libremente ante el único Dios.

6. Queridos hermanos, el Espíritu Santo nos conduce a nosotros también, al desierto. Porque hemos venido a esta Eucaristía, porque en ella Jesús nos habla a través de su Evangelio. Y nos pregunta a cada unos:

- ¿Por qué tipo de felicidad estás luchando?
 - ¿Qué mundo estás construyendo?
 - ¿Eres “explotador” de Dios, o eres su servidor y servidor de tus hermanos?
- Meditemos un momento en silencio.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt